

bi una carta sobre algunos monumentos fenicios. A últimos de enero de 1757 volvió el señor embajador á Paris, y habiendo sido nombrado poco tiempo despues para la embajada de Viena, me escribió para que volviese con madama la embajatriz. A nuestra llegada me manifestó el plan que habia formado para mí con el nuevo ministro M. de Saint-Florentin. Debía yo acompañarlos á Viena; y despues ir á expensas del rey á recorrer la Grecia y las islas del Archipiélago, y volverme por Marsella. Por mas atractivo que tuviese para mí este proyecto, me ví obligado á no admitirle, porque despues de mi larga ausencia, no podia dejar por mas tiempo cerrado el gabinete de medallas.

De tal modo está enlazada mi vida con las de M. y madama de Choiseul, y han influido tanto sobre los sucesos de la mia, que me es imposible hablar de mí sin hablar de ellos. No hay pues que espantarse de encontrarlos á cada paso en estas memorias.

A fines de 1758 M. de Stainville, de aqui adelante duque de Choiseul, fué llamado de Viena, y hecho ministro de negocios extrangeros. En el primer momento que le ví, me dijo: que á él y á su muger tocaba ocuparse de mi fortuna, y á mí instruirles de mis

designios. No esperaba yo tanta fineza; y obligado á explicarme, respondí que una pension de seis mil libras sobre algun beneficio, junta con la renta de mi plaza de guardamedallas, me bastaria para mantener dos sobrinos que tenia en el colegio, y otro que iba á traer inmediatamente. Luego me avergoncé de mi indiscrecion: él se sonrió, y me animó.

Protesto aqui, que esta es la única gracia que pedí á M. y madama de Choiseul. Confieso al mismo tiempo que no tenia necesidad de solicitud para con ellos; y si se quisiese saber de donde me vino la renta demasiado grande que yo junté, siendo un literato, responderé: de la estrecha obligacion que ellos se imponian de contribuir á la felicidad de los demas: de aquella profunda sensibilidad, que jamas les permitia olvidar las atenciones que se tenia con ellos: de aquel caracter noble y generoso, que les persuadia á que en tratándose de afecto, nada hace quien no hace cuanto puede. Sin embargo, como tan buenas disposiciones son casi siempre peligrosas en los depositarios del poder, cuando no tienen el cuidado de velar sobre ellas, debo advertir, fundado en innumerables ejemplos, que M. y madama de Choiseul nunca consentirian en hacer la menor injusticia por servir á sus amigos. Ja-

mas les he podido pagar lo que les debo. El único recurso que me queda el día de hoy, es perpetuar en mi familia la memoria de sus beneficios.

En 1759 M. de Choiseul logró el arzobispado de Albi para su hermano el obispo de Evreux, y me hizo conceder una pension de cuatro mil libras sobre este beneficio.

En 1760 apareció una parodia sangrienta de una escena de Cinna, contra M. el duque de Aumont y M. de Argental. Los parientes y amigos del primero sublevaron toda la corte contra M. Marmontel, sospechoso de ser autor de esta sátira, porque habia tenido la imprudencia de leerla en una comida. En consecuencia se hicieron esfuerzos para quitarle el privilegio del *Mercurio*, cuyas suscripciones habia aumentado considerablemente. Para perjudicarle con mas seguridad, se representó á madama de Choiseul, que el *Mercurio* producía en limpio veinte mil libras: que solo exigía una ligera inspeccion de parte del autor, porque este trabajo le hacían los comisionados; y que procurándome este periódico, quedaba ella libre en lo sucesivo de solicitar en mi favor al obispo de Orleans, quien por fin se habia determinado á reservar los beneficios y abadías de algun valor exclusiva-

mente para la nobleza. Madama de Choiseul comunicó este proyecto á madama de Gramont, y á M. de Gontaut; y los tres hablaron á madama de Pompadour, declarando expresamente, que de ninguna manera pretendian influir en el juicio de M. Marmontel. M. el duque de Choiseul no quiso tomar parte en este asunto.

Yo no conocía á M. Marmontel mas que por haberle visto dos ó tres veces en casa de madama du Boccage; pero tenia una extrema repugnancia en aprovecharme de los despojos de un hombre de mérito. Así me habia explicado mas de una vez con madama de Choiseul, ya de viva voz, ya por escrito; mas persuadida por todos los que la visitaban á que M. Marmontel era reo, y que no podia conservar el *Mercurio*, no podia concebir los motivos de mi resistencia. Supliqué á M. de Gontaut que los declarase á madama de Pompadour, la cual los aprobó tanto mas bien, cuanto ella no queria perder á M. Marmontel.

Me hallaba yo entonces en una situacion bien penosa. Me enternecia el vivo interes que tomaba por mí públicamente madama de Choiseul; y por una resistencia obstinada me aventuraba á condenar sus pasos, y á hacerlos mirar como un despotismo de beneficencia.

cia : por otra parte , si la corte estaba contra Marmontel , Paris estaba por él ; y todos los literatos , movidos por el espíritu de corporacion , juraron un odio eterno al que se atreviese á reemplazarle.

Calmaron al parecer los espíritus por algunos dias , y yo me creia fuera de peligro , cuando repentinamente salió M. de Aumont con una carta que acababa de escribirle M. Marmontel , para exhortarle á que terminase este asunto . Esta carta produjo un mal efecto , y reanimó las diligencias de M. de Aumont y de sus partidarios . Entonces se decidió que se me daría el privilegio del *Mercurio* , y que si me negaba á admitirle , se concedería á M. de la Place . En esta ocasion cometí yo una falta esencial : pensé que si caia en manos de este último , no volvería á salir de ellas , y que si yo le aceptaba se me permitiría volverle á M. Marmontel , despues que se hubiesen disipado las preocupaciones . Escribí á madama de Choiseul , y la expuse las razones que me determinaban últimamente á encargarme de este periódico . Expidióseme el privilegio , y me abrió los ojos ; previendo la serie de quejas , enredos y peligros á que me habia expuesto , me estremecí del error de mis buenas intenciones . Por fortuna recibí con el privilegio una carta de M. de Choiseul , que

calmó algun tanto mis inquietudes . En la misma tarde vino á Paris . Le visité ; y me aconsejó que fuese luego á casa de M. de Aumont , le presentase el privilegio del *Mercurio* , y le suplicase con instancia que le devolviese á M. Marmontel , representándole que no podia vengarse de una manera mas noble y mas digna de él . Corrí á casa de M. de Aumont , le conjuré , le insté : ¡ tenia tanto interes en persuadirle.... ! mas yo trataba con un hombre obstinado , como todos los espíritus pequeños , é implacable , como todos los corazones groseros : creí en un momento que iba á rendirse , porque le ví vacilar ; mas se paró de repente diciéndome , que no estaba en su mano , y que tenia que mirar los respetos de su familia .

Volví lleno de tristeza á dar cuenta de mi mision á M. de Choiseul , quien en el mismo dia me llevó á Versailles . Luego que llegamos remitió el privilegio á M. de Saint-Florentin , y reservó para mí sobre este periódico una pension de cinco mil libras , que me pareció excesiva . Recayó el *Mercurio* en M. de la Place ; y luego se disminuyeron las suscripciones hasta un punto , que sobresaltó vivamente á los pensionados . Para no aumentar estos sobresaltos , permití á M. Lutton , encargado del gasto y recibo , que sacase

de mi pension las gratificaciones concedidas á los autores que contribuian con piezas para el *Mercurio*; y en fin, algunos años despues fui bastante feliz para poder renunciar enteramente esta pension. Hasta despues no he sabido que la parodia era de M. de Curi, y que M. Marmontel habia querido mas bien sacrificar su fortuna, que descubrir á su amigo.

Vacaron sucesivamente muchas plazas en la academia francesa: los filósofos se declaraban siempre, y con razon, en favor de M. Marmontel: el partido de oposicion lograba alejarle siempre. En una ocasion en que sus esperanzas parecia que estaban mas bien fundadas, M. de Argental, que representaba un papel tan ridiculo en la parodia de Cinna, intrigó mas vivamente con los académicos, que eran amigos míos. Estos me instaron de nuevo á que me presentase, y yo deseché de nuevo la propuesta. Hice mas. Logré de M. de Gontaut, que en casa de madama de Pompadour representase á los que querian oponerse á la admision de M. Marmontel, cuan cruel cosa era perseguir con tanto encarnizamiento á un hombre de mérito, despues de haberle arruinado. Algunos filósofos no me perdonaron jamas la aceptacion momentanea del privilegio del *Mercurio*, y menos la proteccion de

M. y madama de Choiseul. En una coleccion de cartas que M. de Alembert escribió desde Berlin á madamisela de Espinasse, he visto cuan injusto le habia hecho esta preocupacion. Probablemente se le habia escrito, que yo trataba de disputar á M. Marmontel una plaza vacante en la academia, lo cual era enteramente falso. Responde que un solo Marmontel vale por mil Barthelemys. Estoy bien convencido de que M. Marmontel tiene mas mérito que yo; pero no pienso que tenga mil veces mas, y no me parece justo el cálculo del geómetra.

Digamos una palabra mas sobre la academia francesa. Despues que M. Marmontel fué recibido en ella, M. de Toncemagne y sus amigos, que eran muchos, intentaron mas de una vez hacerme recibir. Me retuvieron muchos motivos. Habia yo sido objeto de las conversaciones del público durante el desgraciado asunto del *Mercurio*: no era tan zeloso de los honores literarios, que quisiese comprarlos á costa de los embrollos de una eleccion borrascosa: tenia demasiada vanidad para desear entrar en un cuerpo donde la opinion pública me colocaria en las últimas lineas. Dos potencias filosóficas, Duclos y De Alembert, habian declarado guerra á la corte, y sobre todo á M. de

Choiseul, que hacia mucho caso de sus talentos, y poquísimos de sus principios: á cada sesion salian contra él con nuevos manifiestos. ¿Cómo hubiera podido yo sufrir tranquilamente estas escenas de furor, cuando los académicos, que no tenian conexion ninguna con este ministro, se indignaban? Duró esta guerra hasta el momento en que la elevacion de madama Dubarri amenazó á la Francia con el favor de M. de Aiguillon. Duclos y De Alembert protegian á M. La Chalotais, perseguido por M. de Aiguillon, y sostenido, segun se decia, por M. de Choiseul. Desde este momento desaparecieron los crímenes de este último: se resolvió concederle la paz con un tratado de alianza; y se le hizo ofrecer por el baron de Bretevil la primera plaza vacante en la academia, dispensándole las visitas de uso: M. de Choiseul, que nunca habia sabido sus disposiciones, ya hostiles, ya pacíficas, se mostró sensible á esta atencion, y á no ser por el destierro que sobrevino repentinamente, hubiera oido su elogio en aquella sala misma en que tantas veces habian resonado injurias contra él.

Presumo que su amnistía se hubiera extendido á mí; pues que por el mismo tiempo, habiendo M. de Alembert manifestado á M. Gatti, nuestro comun ami-

go, su sorpresa de que yo no me presentase á ser admitido en la academia, añadió con una especie de despecho: sobre todo, yo no juzgo que haya en el mundo un hombre, que no se lisonjee de verse puesto en la lista donde se hallan los nombres de Voltaire, de Buffon: y me atrevo ó decirlo tambien, el de De Alembert. Luego diré los motivos que me decidieron en adelante á presentarme. Voy ahora á volver á tomar el curso de mi fortuna, que no me era preciosa sino porque la debia á la amistad, y me hacia gustar del vivo placer de hacer algun bien. Un dia que madama de Choiseul hablaba á su marido de mi adhesion á ellos, respondió él sonriéndose con este verso de Corneille:

Je l'ai comblé de biens, je veux l'en accabler.
De bienes le colmé, y quiero agobiarle.

En 1765 vacó la tesorería de S. Martin de Tours: era esta la segunda dignidad del cabildo, y era de nombramiento real. M. y madama de Choiseul la pidieron para mí. Yo me aproveché de esta ocasion para renunciar dos mil libras de la pension que tenia sobre el *Mercurio*, de las cuales se dieron mil, por empeñamiento, á M. Marin, y mil á M. de la Place, para ayuda

de pagar las demas pensiones que habia sobre el *Mercurio*.

Siendo M. el duque du Maine, coronel general de los Suizos, habia creado para M. Malezieux, á quien queria mucho, la plaza de secretario general, asignándola derechos que le pertenecian á él, y de los cuales se desprendió. M. de Choiseul habia dado ya una vez esta plaza á M. Dubois, primer comisario de guerra, con la reserva de una pension de seis mil libras para madama de Saint-Chamant, nieta de M. Malezieux. Muerto M. Dubois en últimos de enero de 1768, M. de Choiseul me dió la plaza; y los literatos, sin otro derecho que el de la envidia, levantaron el grito. Los dos principales, Duclos y De Alembert, fueron á casa de M. de Malesherbes, y le hablaron de ello con acrimonia, y aun con furor. No pudo calmarlos un poco, sinó con decirles, que con este ejemplo podria aquella plaza llegar á ser patrimonio de los literatos. No repetiré bastante, que perteneciendo al principio las rentas del secretario general al coronel general, podia disponer de ellas á su arbitrio; y añado al mismo tiempo, que algunos dias despues de mi nombramiento, abandoné las otras tres mil libras que me habia reservado sobre el *Mercurio*, de las cuales

hice pasar mil á M. de Guignes, mil á M. Chabanon, los dos compañeros míos de academia, y mil á M. de la Place, autor del *Mercurio*. Confieso que en esta ocasion De Alembert y los demas filósofos, dieron á este sacrificio mucho mayor precio que yo mismo le daba.

M. de Aiguillon logró en 1771 quitar los Suizos á M. de Choiseul, que estaba en Chanteloup: yo estaba con él. Envié su dimision, y yo quise acompañar con ella la mia. Me aconsejó que fuera á Paris, y que no la dejase sin alguna indemnizacion. Si la plaza de coronel general pasaba á algun gran señor, yo estaba determinado á entregarle sobre la marcha mi título, y volverme al punto á Chanteloup; pero fué conferido á M. el conde de Artois; y me pareció poco respetosa la conducta proyectada. Visité el dia siguiente á mi llegada á Madama de Brione, que me honró con sus bondades. Estaba en su casa el mariscal de Castries, y marchaba á Versalles. Ella le pidió que emplease sus buenos oficios para que se me continuase en la plaza. Yo supliqué al uno y á la otra con un calor, que les movió á ternura, que hiciesen quitármela cuanto antes, porque habiendo contraido un empeño con M. de Choiseul, con nadie podria contraer otro. Marché luego á Versalles: presenté mi título á M. el conde de

Affri, encargado bajo las órdenes del conde de Artois, de los pormenores de los regimientos Suizos. No le admitió, y al mismo tiempo me enseñó una carta de M. de Choiseul, en la cual le suplicaba mirase por mis intereses. La indignacion que causó en la corte la nueva persecucion movida contra M. de Choiseul por MM. de Aiguillon y de la Vauguyon, se habia convertido en benevolencia hácia mí: todos murmuraban, y me animaban á defender mis derechos. El joven conde de Artois se habia quejado al rey de que se le forzase á dar principio al ejercicio de su nuevo empleo por una injusticia tan notoria; y el rey le habia respondido que se me daría un sueldo con que quedaria yo satisfecho. Entre tanto MM. de Montaynard, de la Vauguyon y de Aiguillon instaban á M. de Affri para que presentase al rey este asunto. Yo le instaba todavía con mas calor; pero él siempre lo dilataba. En este intervalo dos ó tres cortesanos del segundo ó tercer orden, me preguntaron en secreto, si podrian pretender mi plaza sin desagradar á M. y madama de Choiseul. Otro hombre vino á advertirme, que si yo prometia no volver á Chanteloup, se me podría tratar con mas miramiento. No quise indagar quien era el autor primero de este aviso; pero el que me le dió estaba adherido al

duque de Aiguillon. Ultimamente, viéndome M. de Affri firme en mi resolución, terminó este asunto, y me hizo reservar sobre la plaza una pension de diez mil libras, sin que yo se la pidiese. El dia siguiente me volví á Chanteloup.

Hacia tiempo que el estado de mis rentas me permitia disfrutar conveniencias, que yo creí deberme negar. Me hubiera echado un coche, si no hubiera temido avergonzarme cuando encontrase en el camino á pie á literatos que valian mas que yo. Me contenté con tener dos caballos de silla para pasearme á caballo, como me lo habian mandado los médicos. Compré las mas hermosas y mejores ediciones de los libros necesarios para mis trabajos, y mandé encuadernar muchos en tafilete. Este es el único lujo que he creído siempre podia permitirme. Eduqué y coloqué lo mejor que pude á tres de mis sobrinos, y sostuve en Provenza el resto de mi familia. No me negué nunca á los infelices que llegaban á mí; pero me reprendo con amargura de haberlos preferido demasiado á parientes míos, cuyas necesidades no sabia bien, ó por falta suya, ó por la mia.

Mi renta, considerable sin duda para un literato, aun despues de haber perdido la plaza de secretario

general de los Suizos, lo hubiera sido mucho mas, si yo mismo no la hubiera limitado cediéndola y negándome á recibir. Se ha visto ya que habia hecho dimision de mi pension sobre el *Mercurio*: igualmente habia cedido la que tenia por censor. Habia rehusado dos veces la plaza honrosa y util de secretario perpetuo de la academia de bellas letras. Despues de la muerte de M. Hardion, bibliotecario del gabinete del rey en Versailles, M. Bignon tuvo á bien ofrecerme esta plaza que proporcionaba diversion y renta. Yo le supliqué dispusiese de ella en favor de otro. En 1789, habiendo M. Lenoir, hecho dimision de la plaza de bibliotecario del rey, M. de Saint-Priest, que entonces era ministro, tuvo la bondad de proponérmela. Seducido con la esperanza de fijar para lo sucesivo esta plaza en la clase de los literatos, tuve la tentacion de aceptar, aunque conociese cuan doloroso me seria el sacrificio de mi tiempo y de mis tareas literarias; pero habiendo reconocido luego, que no se me ofrecia sino porque se me necesitaba en aquellas circunstancias para asegurarla al presidente De Ormesson, que habia tratado de ello con M. Lenoir, al cual se queria hacer mi adjunto ó mi sucesor, disgustado por otra parte por la dificultad que mi nombramiento ponia en el arreglo de intereses entre

M. Lenoir y él, arreglo en el cual yo ni queria ni debia tomar parte, y viendo desvanecerse aquella esperanza, que era la sola razon que podia vencer mi repugnancia, renuncié á las miras ambiciosas que habia tenido en favor de las letras, no en el mio. La manera con que se recibió mi hacimiento de gracias, y la facilidad con que luego despues se terminó el asunto, me persuadieron á que yo habia tomado el mejor partido, y que si al principio se creyó muy necesario conferirme la plaza, despues se halló mas provechoso dejarme sin ella.

No debo omitir en la relacion de los sucesos de mi vida, mi admision á la academia francesa, que habia evitado siempre, ni las razones que en algun modo me forzaron á solicitar en ella una plaza el mismo año de 1789. Acababa de morir M. Bauzee: la buena acogida que tuvo el *Viage de Anacarsis* habia inflamado el celo de algunos miembros de esta sociedad, con los cuales tenia yo antiguas relaciones. Comunicaron sus sentimientos de benevolencia hácia mí á un gran número de sus compañeros, quienes les obligaron á que me propusiesen para la plaza que dejaba vacante M. Bauzee. Me hizo gran sensacion el calor con que me expresaron el deseo de la academia; pero yo ha-

bia tomado ya mi partido, y á pesar de sus instancias me mantuve firme, oponiendo mi edad, y sobre todo mi repugnancia á toda representacion pública, y á todo nuevo empeño. Me creia ya libre, cuando supe que pocos dias despues, en una sesion que tuvo la academia, habia esta resuelto elegirme á pesar de mi resistencia. Era facil prever las conseqüencias de esta resolucion. Si despues de la eleccion admitia la plaza, no dejaria de decirse que yo habia querido dispensarme las visitas de uso, y lograr una distincion no pretendida por los mayores hombres. Si no admitia, ultrajaba á un cuerpo respetable en el momento mismo en que me colmaba de honor. No vacilé pues. Hice mis visitas. Mi edad habia alejado los contrincantes, y para colmo de mi fortuna, M. de Boufflers, que siempre me habia profesado amistad, hizo los honores de la sesion en calidad de director. Hubo indulgencia para mi discurso, el suyo encantó á todos por el espíritu, las gracias y las reflexiones nuevas y graciosas que brillaban en él, y recayó sobre la eleccion de la academia una parte del interes que él excitó.

Despues de esta época, combatido casi sin interrupcion por la tempestad revolucionaria, abrumado bajo el peso de los años y enfermedades, despojado

de cuanto poseia, privado cada dia de algunos de mis mas queridos amigos, temblando continuamente perder los pocos que me quedan, mi vida no ha sido mas que un encadenamiento de males. Si la fortuna me habia tratado hasta entonces con demasiada bondad, se ha vengado bien. Pero no es mi intención quejarme. Cuando se sufre una opresion, que es general, se gime; mas no es permitido quejarse. Solamente pido que se le conceda á mi alma oprimida de dolor, tributar aquí algunas lágrimas á la amistad.... Sin embargo debo decir, que en medio de la tormenta, he tenido un consuelo bien inesperado, que por un momento me ha hecho creer que repentinamente habia sido trasportado á otro mundo, y no podria, sin ingratitud, callar el nombre del hombre humano y generoso á quien soy deudor del consuelo.

Luego que salí de las Madelonetas, donde se me habia puesto preso el 2 de setiembre de este año de 1793, en compañía de los demas bibliotecarios y de mi sobrino Courzai, que era mi asociado en el gabinete de medallas, por denuncia de Tobiezen-Dubi, tuve noticia de que á pesar de la falsedad notoria de esta delacion, se nos iba á destituir, y á nombrar otros para nuestras plazas. Esta voz me parecia tanto mas fun-

dada, cuanto no se me daban las llaves del gabinete que el ministro del interior habia hecho quitarnos en el momento de nuestro arresto, las que se confiaban diariamente, no á mí, ó á mi sobrino, sino á un comisario de este depósito, que le tenia abierto al público por tarde y por mañana. A cada instante pues esperaba verme quitar el único recurso que me quedaba para vivir, cuando el 12 de octubre por la tarde ví entrar en mi casa al ciudadano Paré, ministro del interior, quien me dió una carta que él mismo me habia escrito, y que me pidió que leyese. Esta carta hace tan fuerte contraste con nuestras costumbres actuales, honra de tal modo al ministro que pudo escribirla en tiempos tan desgraciados, que no puedo resistirme al deseo de copiarla aquí, para pagarle en cuanto puedo, el tributo de mi reconocimiento.

El 21 del primer mes, año II de la República, una é indivisible.

PARÉ, ministro del Interior,

A BARTHELEMY, guarda de la biblioteca nacional.

« Volviendo á entrar en la biblioteca nacional, de
« donde os han arrojado momentáneamente algunas

« circunstancias rigurosas, decid como Anacarsis
« cuando contemplaba con admiracion la librería de
« Euclides : *esto es hecho, yo no salgo ya de aquí.*
« No, ciudadano, no saldréis mas; y fundo mi certi-
« dumbre en la justicia de un pueblo, que se hará
« siempre una ley de recompensar al autor de una
« obra en la que se recuerdan con tanta seduccion los
« bellos dias de la Grecia, y aquellas costumbres re-
« publicanas, que producian tantos hombres grandes,
« y tantas cosas admirables. Confio á vuestro cuidado
« la biblioteca nacional. Me lisonjeo que aceptareis este
« depósito honroso, y me doy el parabien de poderosle
« ofrecer. Cuando leí la primera vez el Viage de Ana-
« carsis, admiré esta produccion en que el genio supo
« dar á la erudicion tantos encantos; pero estaba muy
« lejos de pensar que algun dia seria yo el órgano de
« quien se habia de servir un pueblo justo para dar á
« su autor un testimonio de su estimacion.

« No os disimularé que este santuario de los cono-
« cimientos humanos, se ha resentido poco hasta ahora
« de la influencia de la revolucion: que el pueblo
« ignora todavía que esta posesion es suya, que debe
« gozarla á todas horas, y que no ha de encontrar en
« ella sino *Calias*, igualmente dispuestos á recibirle

« y á instruirle fraternalmente. Haced pues, ciuda-
 « dano, que este monumento tan digno de una nacion
 « grande, nos recuerde en fin todos aquellos preciosos
 « recreos que el espíritu y los ojos hallaban en las mas
 « pequeñas repúblicas de la antigüedad. »

PARE.

El estilo mas que obsequioso de esta carta, la con-
 ducta del ministro, las gracias con que acompañaba el
 beneficio, sus instancias para obligarme á aceptar, los
 testimonios de interes con que me colmaba, todo con-
 tribuia á conmovirme. No podia hallar términos para
 expresar el reconocimiento de que estaba penetrado;
 pero el conocimiento de la imposibilidad que tenia de
 cumplir en el estado en que me hallaba, las obligacio-
 nes de la plaza de bibliotecario, me dió fuerza para
 resistir. Tuvo la bondad de manifestar sentirlo, y le
 costó mucho trabajo consentir en dejarme en la que
 ocupaba tanto tiempo hacia, y que habia bastado
 siempre á mi ambicion.

He dado al principio de esta memoria una idea
 abreviada de mis tareas en el gabinete de medallas

durante los últimos años de mi predecesor. En la me-
 moria siguiente se verá lo que hice despues, y lo que,
 pensaba hacer para enriquecerle y hacerle mas y mas
 util.